

Puesto que ese pesado de Pedro Sánchez, que es el que entiende de libros, no acaba de romper á decir lo que le parecen los *Cuentos de Claravana*, asunto sobre el que á ambos nos pediste opinión, allá voy yo, casi incapaz de formularla, pero fiel á mi costumbre de acudir adonde me llaman, y aun á veces véase la firma—adonde nadie se acuerda de hacerlo.

Más haces tú en pedirme que yo en darte mi parecer; y para una vez que ha sido solicitado, no quiero desperdiciar esta ocasión de recordar á los lectores de la *Miscelánea* que lo ha sido.

Leí, pues, á Claravana y me gustó. La aparición de su libro no ha sido un acontecimiento literario, ni merece serlo, ni el autor pretendió, creo yo, que lo fuera.

Sólo nos hemos ocupado de él, que yo sepa, tú y yo, dos *nadies* de la crítica, tú porque empleas tus útiles horas en otra cosa, y yo por obra y gracia de mi ignorancia.

Pero creo que hemos hecho muy bien en lo que hemos hecho, y que debemos seguir chillando todo lo posible para que el libro corra.

El principal mérito de Claravana está en la oportunidad.

Su ingenio es muy agudo, si no muy brillante, y su corazón uno de los pocos sanos que quedan.

Si el libro tuviera más primores de estilo de los que tiene, no serviría al objeto á que su autor le destina.

Está hecho para leído por los pobres de fortuna, para que los enseñe y los consuele y los retenga en su casa al calor de su hogar y del cariño de sus hijos á la hora de sonar la corneta de los patriotas de la taberna.

Pero el libro sirve además para los pobres de criterio, aunque sean ricos; para los cursis de la impiedad, que no entienden tampoco de muchas sublimidades literarias.

Está en estas páginas admirablemente aprovechado ese tono zumbón y ligero en que los falsos autores festivos deslían á menudo sus irreverencias y sus groserías.

Se va á atacar á la incredulidad, al gran mal del presente organismo, en sus mismas últimas trincheras, en la zumba y el desenfado, y con sus propias armas, con el estilo fácil, volandero y como de broma.

A veces el autor, como sinceramente moral y católico que es, deja correr su indignación y su amargura durante un rato en un período serio, grave, de plática formal.

Y esto le hace bien. Así su buen humor brota luégo más claro y fresco, como el agua no recogida hasta después de haber dejado correr un rato el chorro de la fuente. Así recuerda también á sus poco agudos lectores que la cosa no puede ser más seria, y que no hay que tomar sólo el jarabe y dejar en el fondo del vaso el otro término de la receta, la medicina verdaderamente útil, sino mezclarlo todo íntimamente y echárselo luégo á los pechos con el mismo valor con que se sorbieron las antiguas necesidades.

Encuentro que algunos de los artículos pecan de vulgaridad, de poco razonada oposición á las cosas presentes, á la *moderna ciencia*, á quien á la gente debe enseñarse á respetar como á una señora excelente que á veces padece sus aberraciones. Entre los que van de tertulia á su casa hay algún necio y algún mal intencionado; pero en la tertulia hay que entrar con el sombrero quitado, porque la mayor parte de los concurrentes son verdaderos señores.

Tiene el libro, en cambio, páginas de excelente literatura. No me acuerdo cuál es el artículo que tú, Pickwick, alabas sobre todos. A mí el que más me gusta es *El rey de la creación*.

Hay otros también muy preciosos. Los versos no son muy buenos, pero dan variedad á la lectura y siempre son discretos. Hay que tener siempre en cuenta la clase de público á que principalmente está todo ello destinado.

El pensamiento, pues, que informa este tomito, y la intención que de la honrada mesa de su autor le ha llevado á las prensas, no pueden ser más simpáticos para los que, como tú y yo, especialmente, adoramos en el pueblo por bueno y por resignado y no hemos pensado nunca en redimirle de esa esclavitud de la resignación y la esperanza en horas mejores y en más altos destinos.

Se ve puesta esta pluma sobre el papel con tanta fe de hacer una buena obra, con tal amor á los futuros lectores y con tal desdén de los *despreocupados*, que enamora y con-

suela y lleva á uno, como de la mano, á seguirle, en la medida de sus fuerzas, en la empresa de redención, tan necesaria al mundo y tan grata á los ojos de Dios y de los hombres de buena voluntad.

CASA-AJENA.

PLANCHAS.

I.

OBSERVACIONES CRÍTICAS.

Cualquiera hace planchas sin necesidad de maestro; su mérito consiste precisamente en que se producen con una espontaneidad que deja al mismo fabricante con deseos de huir de sí mismo, para no ver las sonrisas compasivas ó las carcajadas con que se acoge su obra, pues sabido es que *plancha* llama el vulgo, sin permiso del Diccionario, al conocimiento exacto de torpezas que no se pueden remediar por mucha habilidad que se tenga; pero en los momentos que siguen á la revelación de una *plancha*, se queda uno tan parado, extático, cariacontecido, atónico, aturrido, pasmado, boquiabierto y estupefacto que, conociendo no puede huir, se daría que por muy satisfecho con que la tierra se le tragase.

Como esto no sucede, de buena gana rompería la boca á los de las sonrisas y las muecas á los de las carcajadas, á no comprender con esa intuición que da el escarmiento, que si después de hacer una *plancha* ó una tontería, que es lo mismo, hace un alarde de fuerza, se expone á adquirir una fama que para encontrar otra semejante tiene que hojear las páginas de la Historia de Roma y fijarse en aquel asesino de César, que se llamaba por buen nombre Bruto, pues no se sabe que tuviera otro mejor ó menos bravío.

El que hace una *plancha* no tiene más remedio que aguantar impávidamente las consecuencias de su torpeza hasta conseguir escurrir el bulto bonitamente cuando la ocasión se le presente, pudiendo servirle de consuelo la consideración de que todos hacemos unas planchas que ni en un trapezio las ejecuta mejor el más consumado gimnasta; y lo triste es que ni la mayor suma de sabiduría evita la posibilidad de hacerlas, antes bien, los sabios son los más propensos á cometer necesidades de á folio, por su poco trato de gentes.

A los doctos en todas las ciencias del mundo no se les alcanza ni una palabra de la ciencia de mundo; son unos verdaderos pobres hombres, que es la primera materia de la necesidad.

Los pobres hombres, é igualmente las pobres mujeres, son los hombres ó las mujeres que degeneran en simples por sobra de candidez ó por exceso de malicia, que hay que equilibrar una y otra cosa para que resulte el hombre cándido como una paloma y astuto como una serpiente de que habla el Evangelio.

La sobra de candidez trae la bobería; el exceso de malicia produce la majadería; la petulancia lleva á la fatuidad, si no son un mismo defecto; la imprevisión motiva la sanchez, y bobos, necios, fatuos y majaderos componen la sociedad de *planchistas* que funciona en todas partes, y á la que pertenecemos la mayoría de los humanos, con la diferencia que algunos no figuran en ella más que momentáneamente, por incurrir pocas veces en faltas de buen sentido, mientras que otros estamos abonados á cometerlas por nuestra continua falta de previsión.

Sin embargo, hay individuos que se esfuerzan en demostrar que no tienen ni una pizca de discretos, haciendo cada *plancha* que espanta; pero no resulta la fabricación perfecta, ni medio acabada siquiera, porque esos caballeros *tienen cosas*, y sus inconveniencias, sus torpezas, sus dislates y sandeces, se toman como gracias que regocijadamente se aplauden.

Otras personas hay que no se muerden la lengua y que hablan cuanto se les viene á la boca, diciendo cada crudeza que mete miedo; pero tampoco *hacen planchas*, porque pasa como corriente que esas personas son tan francas de suyo y de un genio tan naturalote, que sueltan una fresca al lucero del alba sin poderlo remediar, por lo que se acogen benévola y respetuosamente sus genialidades.

Prescindiendo de estas personas que tienen título de francas y de gracias expedido por la sociedad, los demás debemos andar con pies de plomo y mirar con ojos de lince para no tropezar y caer en alguna inconveniencia que nos saque los colores al rostro. Todas las caídas, lo mismo las morales que las corporales, provocan la burla. Apenas se ve que alguien tropieza, vacila, y hace esfuerzos sobrehumanos para mantenerse en pie, aso-

ma la pícaro sonrisa á la boca de nuestros prójimos, y cuando cae, midiendo con las costillas ó con las narices el suelo—salva sea la parte contundida,—la sonrisa se transforma en carcajada, doliendo tanto el golpe que sufre el ánimo como el que lleva el cuerpo, si no duele más; que no hay árnica ni agua de vinagre que curen las angustias del ridículo.

Un individuo acreditado por las numerosas *planchas* que ha hecho en su larga vida, perito por consiguiente, en la materia, aconseja á los desventurados que cometan una torpeza, que se callen y no se muevan en todo el santo día, si no quieren hacer nuevas necesidades, porque además de que hay horas en que uno está dejado de la mano de Dios y no da pie con bola en nada, ha de tenerse en cuenta que una torpeza se enlaza luégo con otras, por perderse la serenidad al caer en ridículo.

De no parar oportunamente los pies y la lengua, les sucederá lo que á aquellos que están bailando un rato uno frente á otro á cederse mutua y tácitamente el lado por donde quieren pasar.

El consejo parece bueno; pero sería más útil que se indicara el modo de no hacer ejercicio alguno de gimnasia moral en beneficio del público malicioso. La prudencia es quizás el medio preventivo que conviene al caso; mas no siempre es provechoso, puesto que esa virtud es á la imprevisión lo que la salud es á la enfermedad. Cierto es que no está enfermo el que tiene salud; verdad es que no comete inconveniencias el que es prudente; pero tan cierto es como notorio que ni la salud se vende en la botica, ni la prudencia se adquiere en los tratados de filosofía, que cada cual tiene su alma en su almarío, su genio en punto y algo de loco.

Por otra parte, debe advertirse que no bastan la prudencia, previsión y miramiento de que somos capaces los humanos para no figurar en la sociedad de la *plancha* con nota de sobresalientes, como no evitan caer de bruce la agilidad, buena vista y aplomo que algunos tienen. Estos caen en el suelo cuando otros los empujan bruscamente hacia adelante, ó si les ponen una cuerda delante. Aquellos caen en desgracia cuando hay quien los impele al ridículo. Actos son los dos de grave trascendencia, á pesar de ser independientes del ejercicio de la voluntad, y de las lecciones de la prudencia.

Un marido—perdone la clase el ejemplo—bonachón, buen hombre, excelente padre de familia, provisto de la correspondiente cédula personal, elector, elegible, con casa abierta y demás requisitos que acreditan una buena conducta moral y política, es un esposo completamente feliz, tanto más, cuanto que ignora, como es costumbre en tales lances, las fragilidades de su mujer. Pues bien: este santo varón, ni aunque lleve al cuello el Toisón de Oro, insigne honor en España, dejará de hacer una *plancha*, porque el borrego sobre su pecho se considerará como aquel bastón con que se retrató un general, al que dieron una paliza los carlistas; esto es, como la insignia de su martirio.

Hablando el desventurado hace aún peor papel. ¿Qué ha de decir que no haga reír á una estatua? Si habla de su felicidad, burla; si dice que sus hijos se parecen á él por lo listos, chacota; si se compadece de otros maridos, silbidos; si encarece candorosamente que su mujer hace con cinco pesetas maravillas, duro con él; y no hay asunto de que trate, ni materia de que se ocupe que no le resulte una *magnífica plancha*, sin que pueda remediarlo.

Otros individuos tienen la desgracia de no caer en gracia, pregonándose por todos lados que son tontos de capirote, negados, bobos, ignorantes y cursilones. Las necesidades de D. Simplicio, las bobadas de Cacaseño, las tonterías de Pichote, las incongruencias de Calino, corren á su cargo, y ellos dicen que viven en una casa con sol por los cuatro costados; ellos nacen en un sitio donde nunca estuvieron sus madres; ellos escriben que en Venecia llueve tanto que hay que atravesar en gondolas las calles y ellos creen que las pistolas son la cría de las escopetas y los puñales de las espadas. La fama de majaderos que les crean sus amigos y sus enemigos con estos disparates es tan grande, que los infelices no pueden abrir la boca ó moverse sin recoger una buena cosecha de asombros ó carcajadas, que les hacen ser más tontos de lo que son en realidad. Los pobrecillos, que de seguro no son de los más avisados, toman el rábano por las hojas, creen que se celebran sus gracias; ni remotamente se les ocurre que tienen que entretener al público con continuas *planchas* en calidad de

clowns sociales, y raro será que sepan retirarse á tiempo de una sociedad que los mira con semejante prevención.

El tipo del marido predestinado, según Balzac, y el de necio á la fuerza, opuestos al del hombre que tiene cosas y al de genio franco, son fantoches que les han puesto alambres para que *hagan planchas*, y en balde será que luchen contra la fuerza de su fatal destino.

Hay otra clase de *planchas* muy peligrosas y casi siempre inevitables, cuales son las que espontáneamente se hacen por el artificio de las personas de malévolas intenciones. Pareció un contrasentido que se pueda combinar lo artificial con lo espontáneo; sin embargo, no es un absurdo afirmarlo. Recuerdese que espontáneamente cae el pez en la red, la mosca en la tela de araña y el hombre en las pérdidas maquinaciones de sus enemigos.

Suele ser muy frecuente que en las colecciones de periódicos ó de diarios de las sesiones de las Cortes encuentre alguno palabras escritas ó dichas por un personaje político en determinadas y lejanas circunstancias, cuyas palabras reproduce el taimado rebuscador solapadamente como cosa propia. El autor de las ideas exhumadas, no sólo no se acuerda de haberlas prohibido, sino que en su nuevo modo de pensar y con la casaca del revés que lleva puesta le parecen tan censurables, que se apresura á refutarlas con el mismo calor que tuvo al publicarlas, y en seguida empieza á gritar el malévolos enemigo:—¡Plancha! ¡Gran cogida!—gozándose en demostrar la inconsecuencia manifiesta de su víctima.

En ignavia aprietos se ve el hombre que teniendo opiniones muy conocidas en un asunto se le invita arteramente á una reunión de personas de distinta manera de pensar y todas ellas de tanta consideración por su sexo, carácter ó respetabilidad, que no es conveniente ni oportuno llevarles la contraria sin incurrir en una grosera falta. En estas circunstancias, si se recuerdan las opiniones de que es entusiasta partidario, tiene que callarse, haciendo un papel desairado, ó tiene que defenderse, cometiendo aquella inconveniencia. En ambos casos las sonrisas de los maliciosos le demuestran que está *haciendo una plancha* artificial con resultados tan desagradables como los que obtiene el orador que pierde la memoria de su discurso y *espera* venga la inspiración del cielo á sacarle del atolladero; sólo que esta clase de *planchas* disgusta tanto al auditorio como al aturullado.

Estos que hablan con dificultad, los que tienen afán de figurar sin medios, de sobresalir sin talento, de querer dominar sin genio, de entender sin saber, de discutir á tontas y á locas, de entrometerse en todo sin cautela, de aferrarse en las ideas con terquedad, de enorgullecerse sin motivo, y tantos otros entes de parecida ignorancia, ceguera ó imprevisión, son los que surten al mundo de *planchas* desde muy antiguo, porque se viene haciendo desde tiempo inmemorial. Se presume que Adán fué su inventor: esto se funda en que la breve historia del padre de la humanidad es una serie de necesidades é imprevisiones. De ejecutar hazañas más memorables no se olvidarían. Así, pues, la invención de las *planchas* se puede afirmar que es anterior á la de la primera camisa que cubrió la desnudez de los seres racionales.

En los albores de la vida humana, Adán creyó que sería un sabio completo, simplemente con el trabajo de comer un cachito de cierta fruta, y se equivocó de medio á medio, como continúan engañándose todos cuantos pretenden saber sin estudiar.

Los sabios son hombres de principios, no de postres. Los que lo olviden, harán unas lindas *planchas*.

Bajo el punto de vista mitológico se ha averiguado que *Plancha* es hija de *Inoportuno* y de *Pega*. Ese *Inoportuno* no se necesita más que nombrarle para conocerle. Esa *Pega* no da; es una de las hijas de *Pez* y de *Cola*. *Pez* fué un fauno resinoso, criado entre los pinares de *Lafa*, donde conoció á *Cola*, con la que simpatizó inmediatamente por lo pegadiza que era, y desde entonces todos los miembros de la familia resultan que son algo arriados á la cola.

Inoportuno y *Pega* tuvieron dos hijas gemelas. Una de ellas ya hemos dicho que fué *Plancha*; la otra anda suelta por allí y se la conoce con el nombre de *Berlina*. Ninguna es guapa; su genio es parecido y su índole casi igual. Las dos andan juntas dando desazones sin cuento. *Plancha* se deja *hacer* fiestas del primer incauto que encuentra en el mundo,

adonde va con mucha frecuencia, por no tener en su casa quien la quiera. En seguida viene *Berlina*, le pone las manos encima y se queda divertido, *puesto en berlina* por *hacer la plancha* su gusto.

De esta genealogía y de las anteriores observaciones parece desprenderse que las planchas, como las liebres, saltan y se corren cuando menos uno lo piensa; y esto supuesto, ¿la estará corriendo el autor de este artículo en berlina por estar *haciendo una plancha* mayúscula?

Fácil es, que no será la primera que ha hecho, ni la última que haga, como se verá en el artículo siguiente, en el que, por presentarse algunas muestras del género, le titularemos:

¡VÉASE LA CLASE!

FRANCISCO NEÁPOLIS.

D. BENITO PEREZ GALDOS.

(PÁRRAFOS A VUELA LUMA.)

Si siempre he querido escribir con claridad y dirigido por el acierto, más lo deseo ahora, al comenzar, obedeciendo á poderosas indicaciones, la escabrosa tarea de pensar en tan ilustre literato.

Es tan difícil establecer una separación completa entre el autor y su obra, y considerar aisladamente el mérito del novelista y el mérito de sus novelas, que temo con entero fundamento que no aparezcan bastante claras las ideas que me voy á permitir exponer, y no se entienda en su verdadero sentido el imparcial y sincero discurrir que á aquellas presida.

La crítica literaria, como obra del sentimiento y la razón, no es decisión fría é indiferente ni fallo absoluto y escrupulosamente pesado, fundado sólo en el examen de la cosa juzgada: la crítica literaria es producto íntimo de libres facultades espirituales y reflejo bien meditado, aparte del saber, de la justicia y de la imparcialidad, de opiniones y creencias, doctrinas y entusiasmos. La crítica es una manifestación artística, y artista es el crítico que, si no crea directamente, crea al recopilar lo bueno, al escoger lo bello, al examinarlo todo en atención á las ideas de una época, á los principios de la ciencia, á las influencias de los tiempos, á las circunstancias de la concepción y, sobre todo, á su peculiar, libérrima y autonómica manera de sentir y pensar.

Así, no debe ni puede exigirse al dedicado á tan alto ministerio un olvido absoluto de su educación y sus opiniones. El gusto estético, base de la crítica, es una mezcla de sentimiento y juicio, y, como derivación educada del gusto espontáneo é irreflexivo, conserva, en cierto modo, las propiedades de éste y es producto de la manera como el objeto bello afecta á cada uno, más que de la naturaleza intrínseca del objeto que causa la impresión. Dentro de la unidad y de la universalidad de los principios que regulan el gusto, cabe la variedad de los juicios caleológicos por la diversa intensidad de las facultades perceptivas, la diferente fuerza de intuición y el vario modo de concebir y comprender.

Sirvan, pues, estas consideraciones para aclarar el sentido de estas líneas.

Es el ilustre autor de los *Episodios* un escritor de privilegiadísimo talento y de una fuerza de expresión incomparable. Desde sus primeros libros hasta *Lo Prohibido* ha venido dando acabadas pruebas de buen gusto, idoneidad, como ninguno, para describir hombres y lugares, serenidad de pensamiento, espíritu tranquilo y notables facultades de observador fiel y aprovechado.

Su manera de escribir fácil y clarísima, aunque falta de la corrección de los hablistas insignes, acusa la poco común cualidad de decirlo felicisimamente todo y explicarlo todo, hasta lo más difícil, de un modo natural, espontáneo, aparentemente vulgar. Pocos escritores españoles han llegado á concebir como él la relación acertada entre el concepto oscuro y la frase sencilla que hace á aquél perfectamente comprensible. Hasta las divagaciones metafísicas y los exámenes fisiológicos, de que abusa con harta frecuencia, encuentran en su celebrada pluma, creadora de un estilo especial y en nada parecido á otros, breve y adecuada exposición.

Predominando en él las facultades reflexivas y críticas, dotado de un superior espíritu satírico, predispuesto naturalmente á la censura amarga y á la burla cruel, Galdós carece de la *intuición* peculiar del artista, de la *impresionabilidad* y *fantasía* que hacen de aquél un ser superior á los demás hombres. Sobradamente calculador y frío, falto del calor y del nervio que la inspiración presta, ajeno á los entusiasmos de la concepción, escribe las últimas escenas de una novela con la misma tranquilidad que sus primeras páginas, y anotándolo todo, hasta lo minucioso, pinta, cuenta, diserta, adivina, juzga con sencillez y desapasionamiento, cuidando sólo de que la razón y la lógica presidan los hechos y animen á los personajes.

No diré yo que, siempre sereno, el raciocinio sujete en todas ocasiones la imaginación, y, á todas horas, su pluma corra or-

denada y metódica sobre el papel, porque semejante estado de ánimo, siempre acompañado, no se concibe ni aun en los tratadistas de Algebra; pero sí aseguro que en las obras del novelista canario no se encuentran desigualdades, y por cualquier parte que se hojear se hallará predominante el severo discurso. Y así, en sus libros, no se notará el párrafo lleno de fuego, concebido con rapidez y con igual rapidez garabateado, ni se alcanzará a distinguir entre lo escrito de la palabra la fuerza y el calor que le prestan vida, ni podrá descubrirse el impulso ardiente que anima a la producción literaria, ni se conocerá la misteriosa sucesión de las ideas que van originándose, ni se conseguirá leer entre renglones lo escondidamente imaginado é íntimo á que lo escrito responde, ni quedarán en la obra de arte los pedazos de las entrañas, como pedía el gran Goethe, ni llegará nunca el lector, á fluir por la animación y el entusiasmo, á reconcentrar todos sus sentidos en la lectura, á olvidarlo todo por esa lectura, á perder la noción de lo que le rodea, y sólo juzgar existente lo que lee, á separarse de su personalidad y confundirse con lo que viene leyendo.

Aquella distinción entre el genio y el talento, ya hecha de antiguo, tiene en Galdós aplicación perfecta. Esa fuerza creadora del alma, misteriosa, espontánea é irreflexiva en su primer momento, alentada por el entusiasmo é iluminada por la inspiración, inflamada por aquel espíritu divino de que hablaba Ovidio, causa de todas las grandes maravillas de las ciencias, las letras y las artes, adivinación de la verdad y la belleza, dón especial é inapreciable de Dios, no asiste, en toda su intensidad, en toda su extensión, al ilustre autor de *Doña Perfecta*. Galdós sólo posee talento—un talento extraordinario, de primer orden,—especie de genio menos penetrante, pero más reflexivo, facultad de corrección y de enmienda, regulador de la fantasía y origen del buen gusto. Y esto lo prueba el carácter especial de sus obras, correctas y desapasionadas. Frutos del talento, son, como este, metódicas, ordenadas, realizadas por el saber y la moderación, acabadas muestras de ese buen gusto, desprovistas en absoluto de la vida y el movimiento que produce el genio.

Nuestro sin igual Menéndez Pelayo ha dicho, aun antes de que viera la luz *La Desheredada*, que «en Pérez Galdós vale mucho más sin duda, el novelista descriptivo de los *Episodios Nacionales*, el cantor del heroísmo de Zaragoza y de Gerona, que el infeliz teólogo de *Gloria ó La Familia de León Roch*». ¿Qué me queda á mí que decir?

Si en algunos de sus libros no ha desplegado Galdós de un modo completo su manera especial de escribir y las peculiares facultades que le caracterizan, cuyo examen acabo de hacer, es en esos primeros frutos de su juventud, consagrados á perpetuar de otro modo las por sí perpetuas glorias españolas de principios del siglo eterno monumento levantado para honrar el heroísmo de nuestros abuelos; obra gigantesca que hubiera hecho millonario en Francia á su autor, y aquí sólo ha alcanzado el agradecimiento de los buenos patriotas; título el más grande y más poderoso, según mi entender; para que el nombre de nuestro casi convecino pase á la posteridad.

Inspirado en esa lucha titánica que contra los vencedores de cien combates sostuvieron nuestros mayores, mal organizados y casi dispersos, en valles y montañas, en campos y ciudades; excitado por la transformación que España sufrió al comenzar la presente centuria; entrando de lleno en la vida moderna y abandonando para siempre las costumbres, las creencias y los sentimientos de los tiempos pasados; comprendiendo de un modo admirable aquellas dos luchas formidables y continuadas contra los hombres invasores y las invasoras ideas, escribió esa numerosa serie de libros, de los que cada página es una joya literaria y cada palabra un himno á la patria inmortal.

Pintor de historia y pintor de costumbres; cronista fiel y valiente cantor; perfectamente enterado de cosas y personas; una vez en forma autobiográfica, otra narrando por su cuenta, él lo ha presentado todo de una manera que no necesito juzgar desde aquella derrota, cien veces más gloriosa que una victoria de Trafalgar, hasta aquellos tiempos desgraciados de los *apostólicos* y de los *facciosos*. Y en sus libros ha dejado grabados las intrigas cortesanas de Aranjuez y la epopeya del 2 de Mayo; el triunfo de Bailén y las inquietudes de Madrid, amenazado por Napoleón; la Zaragoza de Palafox y la Gerona de Alvarez; los nuevos Viriatos y los nuevos legisladores; la vuelta del rey Fernando y los disturbios subsiguientes; los soldados de Angulema y la época del terror.

Lo de interés general y lo de menos interés, lo grande y lo pequeño: todo, lugares y personas, hechos y dichos han quedado allí consignados. El frío caracterizador no aparece en ellos; la acción es mayor y más rápida; los personajes se muestran hombres. El cálculo y la pasión de escuela no se muestra domi-

nante, y prevalecen, apoyadas en la historia, la fantasía y la adivinación. El artista se muestra tal; en aquellas páginas han quedado *Nomdedeu, Candiola y Genara*.

Las *Novelas españolas contemporáneas* valen mucho menos, en mi opinión, que los *Episodios Nacionales*.

Calculador y frío en ellas, comunicándolas con un carácter *tendencioso* y naturalista, separóse completamente Galdós de los principios á que ajustó sus obras maestras, y empezó á marcar la decadencia que algunos han exagerado.

La novela es obra encaminada á divertir «á ensanchar el corazón, á distraer con bellas ficciones los ánimos», y no ha de convertirse en pesado alegato en favor de estas ú otras doctrinas. El arte es sólo expresión de lo bello, dirigido por lo bueno, y no debe ser empleado en la propaganda de una ú otra opinión. Aunque el fin artístico está íntimamente ligado á los demás fines humanos y no debe separarse de ellos, tiene una esfera independiente en que moverse; responde á una aspiración especial; y por más que á la *verdad* y al *bien* han de atender, su objeto preferente y principalísimo es la *belleza*. Si no se quiere que la obra literaria se convierta en púlpito ó cátedra de moral, ¿por qué se ha de permitir que en ella se defiendan ideas opuestas á las que en la cátedra y en el púlpito se enseñan?

El *novelista* no tiene más objeto *directo* que distraer, que apartar los ojos del lector de la prosaica realidad de la vida; que despertar en su alma el sentimiento, nunca extinguido, de lo bello; que deleitarle con la contemplación de un mundo *posible* creado á imitación del existente. Ya que la novela no ha de ser defensora de lo bueno, ¿por qué lo ha de ser de lo malo?

Doña Perfecta, Gloria y La familia de León Roch, aunque las mejores de la serie de *novelas contemporáneas*, acusan ese gravísimo defecto, y, encaminadas á la resolución del conflicto religioso libre-cultista, llegan á hacerse algo pesadas. Aparte del carácter poco literario que ese pensamiento les proporciona, ¿considera alguno de buen sentido que *prueban* algo, *casos* imaginados y fingidos á su gusto por el novelista, y en los cuales figuran personajes que él ha creado, asignándoles los caracteres que ha creído conveniente y haciéndoles hablar y obrar de la manera más adecuada á la *solución* que mejor le parece? ¿Cree alguno de buena fe que se marca el *conflicto*, y se *resuelve* acertadamente, poniendo de una parte judíos, protestantes y libre-pensadores ilustrados y simpáticos, adornados de todas las buenas cualidades y virtudes, y colocándolos enfrente jóvenes pedantes, inexpertas y sonadoras, obispos poco avisados, señoras intolerantes y fanáticas, católicos hipócritas, ignorantes, viciosos ó mal intencionados? Y lo que se refiere á lo principal en esta parte y guarda estrecha relación con lo que vengo sosteniendo, ¿piensa alguno que en esto consiste la novela?

Y sensible es que á ese fin haya tendido Galdós en los tres libros citados. Quizás en ningún otro ha acumulado más excelencias, ha dado pruebas de más talento, ha presentado la acción más enérgica y más valiente. Figuras hay en ellos de primer orden; cuadros ricos en colorido que sorprenden y encantan; descripciones y apuntes de máximo mérito. El escritor eximio, capaz de las más grandes empresas, ha dejado en ellos marcada la huella de su paso y las notables facultades críticas que Dios le ha concedido á falta de genio; en ellos ha presentado de la mejor manera posible las contrariedades que sufrieron Pepe Rey, Daniel Mortón y León Roch.

Las siguientes *novelas contemporáneas*—á excepción de aquel idilio bellísimo que se titula *Marianela*—prueban suficientemente, en mi humilde sentir, que Galdós es más que novelista un escritor de talento.

Porque, como ya he escrito en otra ocasión, la novela es algo más que mera presentación de personajes y simple exposición de lugares y cosas. El difícil género novelesco, en que tantos ingenios se han estrellado, consiste en algo más que en una narración entretenida y en un minucioso examen. El movimiento, la acción, es la vida de la novela.

Tiéndese hoy erróneamente á cambiar por completo las antiguas reglas y á confirmar en un todo aquella observación de Zola, que decía que ya la novela no es obra de imaginación, sino un trabajo científico experimental. Y así ha perdido aquella su carácter de entretenimiento y ha venido á convertirse en *estudio* psicológico ó sociológico. La acción, el nudo, el pensamiento principal, verdadero eje sobre el que habían de girar personas y acontecimientos, ha desaparecido en los modernos libros, siendo sustituido por justificada y matemática gestación de hechos indiferentes. Ya no es necesaria la pluma del novelista; basta la del filósofo ó la del publicista, la del médico ó la del escritor crítico. Lo poco frecuente y extraordinario queda desechado; ya sólo priva lo vulgar y lo común. La pasión y la vida sobran; el pasado caminar prevalece. La libertad huma-

na no existe; las leyes materiales lo ligan todo. ¡Qué errores más grandes!

Tal sucede en *La Desheredada, El Amigo Manso, El Doctor Centeno, Tormento, La de Bringas y Lo Prohibido*. Magníficos estudios y cuadros sueltos, preciosos museos de tipos y personas, insustituibles modelos de narración hábil y metódica, pruebas gallardas de observación y colorido, carecen de lo esencial de la novela, de la propiedad importantísima que le da carácter.

¿Quién va á detenerse ahora en analizar minuciosamente esas notables pinturas de costumbres! Todo, todo lo que la vida ofrece en la continua sucesión de los días; todo lo que se ve y se oye, se sabe ó se adivina; miserias y grandezas, vicios y virtudes, crímenes y heroísmos, desgracias y venturas; ¡quién va á estudiarlo todo, á examinarlo todo, y más fiando á la memoria, como yo lo hago, su recuerdo! Aquellos ensueños y afición al lujo de la aristocrática, aunque pobre, Isidora Rufete; aquellos reflexión y juicio, alterados á veces, del maestro Manolito Peña; aquellas vulgares aventuras de Aristóteles, que dan ocasión para conocer al clérigo Lobo y al simpático autor de *El Gran Osuna*; aquella incomprensible vida de Amparo Sánchez Emperador, amante primero de Lobo y después de Agustín Caballero; aquella superioridad y afición á los trapos de la Pipaon de la Barca, siempre martirizada por el roncincito Bringas; aquellas memorias del adúltero Bueno de Guzmán, tan enamorado de su prima Eloísa, no deben ser, no serán por mí, desmenzados y analizados; deben ser leídos atentamente en su completa exposición.

Y por otra parte, ¿quién tiene autoridad para poner títulos á Galdós, uno de los primeros literatos del presente siglo? ¿Quién va á detenerse en la enojosa tarea de señalar defectos, y obligado por la sinceridad va á pararse á preguntar: ¿por qué el amor al lujo es casi siempre el *Deus ex machina* de sus novelas: por qué cayó Tormento: por qué obró de aquella manera Caballero: por qué es digna de contarse en un libro la vida de la de Bringas, etc., etc.?

El defecto general apuntado, que he hecho presente con brevedad, existe, y nadie podrá racionalmente negarlo. Todas las novelas que he citado últimamente se resienten de esa grave falta; en todas ellas la acción es escasa y están concebidos sin pasión los caracteres. El talento, el talento extraordinario del escritor, se muestra en ellas; pero no se nota el genio del novelista. Descripciones y narraciones, tipos y escenas se encuentran allí inmortalizados: sólo falta la fuerza misteriosa que los impulse, ese algo desconocido que todo lo anima. Con aquellos personajes de *carne y hueso*, con aquello que Galdós ha pintado que habitan, ven, oyen, saben y dicen, ¡qué novela se podía hacer!

Impulsado por la imparcial justicia, y permitiendo sólo á la sinceridad dirigir la pluma, se han escrito las precedentes líneas, indignas, bajo todos aspectos, del insigne autor de los *Episodios*.

De los hombres como Galdós, tan eminentes y tan modestos, se puede decir francamente todo lo que se piensa, porque el águila no deja de volar aunque se arranquen unas plumas á sus alas.

Y por eso yo, que le admiro desde que empecé á leer, que le profeso afecto y simpatía desde que noté en él su acendrado cariño á mi ciudad, que sentí verdadero orgullo al estrechar por primera vez su mano, envió á la imprenta estas cuartillas en lugar de romperlas, como hace pocos momentos pensé.

PEDRO SÁNCHEZ.

28 de Agosto de 1886.

ENTRE BASTIDORES.

EL ENSAYO DE VERSO.

—Ea, ¿estamos todos? pregunta Pérez.
—Sí, señor, responde Peláez, el segundo apunte, hoy por primera vez. Desde que la obra ha empezado á ensayarse, que hace ocho días, no falta ninguno.
—Pues á comenzar en seguida: avisa al apuntador. Oye, añade dirigiéndose á García, ¿te parece que la *eche nos al agujero*?
—Por mí, cuanto antes, replica el autor.
—Sí, sí, dice Pérez; vamos con ella *abajo*.
Voy á explicar esta fraseología, que acaso los lectores no habrán entendido.
Hay ensayos de dos clases: á la mesa y á la concha. Durante los primeros se sienta el apuntador en el mismo sitio que ocupó el autor el día del *paseo de papeles*, y no tienen otro objeto que el que les sirvan de estudio á los actores, ya que sabe todo el mundo que en su casa no han de estudiar, como es su obligación; los segundos ya son, ó por lo menos deben ser, más formales: el consueta se coloca en el lugar que para las funciones tiene señalado, y los artistas, bien enterados del tipo que representan, y sabiendo lo que han de decir, se dedican, bajo la dirección del autor, á matizar la obra, y, como ellos dicen, á *hacer detalles*.
El día en que se dan por terminados los en-

sayos á la mesa, y empiezan los otros, es cuando la gente de teatro dice que la obra *se echa al agujero* ó *que va abajo*.

Y ahora sigamos con nuestra historia.
El apuntador enciende dos velas, y se mete en la concha, á cuya derecha é izquierda se sientan en una silla, cada uno, como es natural, García y el primer actor, que, cuando todos han quedado en silencio y están colocadas las *figuras* que han de hacer la primera escena, dice dirigiéndose al consueta:
—Da versos.

Principia el ensayo. Los actores van recitando sus papeles como si rezasen sin gusto las oraciones que aprendieron de niños, y el autor se mueve en su silla como si estuviera sentado sobre alfileres. Si no oyera al apuntador, juraría que no es su obra la que están destrozando aquellos fementidos.

Todos ellos particularmente le han hecho la misma recomendación:—Si notá Vd. en mí algo que no le guste, no vacile Vd. en decirme inmediatamente: á mí no me incomodan las correcciones, antes bien, cuando son justas, las agradezco muchísimo.

Sin embargo, cuando ya el autor no puede soportar tanto desatino como está oyendo y viendo, y con todo género de salvades, y la mayor cortesía posible, se aventura á dirigir una observación á cualquiera de los cómicos, ¡qué cara pone y qué gesto hace el interesado, Virgen Santísima!

—Me parece, dice, por ejemplo, García, que le pregunta Vd. á la dama con poco interés por su salud. Tenga Vd. en cuenta que le han asegurado á Vd. que está enferma, y que Vd. la adora, y daría, por la de ella, su propia vida.

—Pues como no quiera Vd. que se lo pregunte á gritos, replica el actor.

—No, hombre, no; no hay necesidad de eso, que no es sorda: basta que Vd. se ponga en situación.

—Pues ¡más puesto!

—Dispéñeme Vd.; pero no me lo parece.

—¿A que va Vd. á decirme que no sé saludar á una señora?

—¡Libreme Dios! Podría pensarlo; pero decirlo, de ninguna manera.

Cuando las cosas llegan á este punto interviene Pérez en la discusión.

—Ninguno de los dos estáis en lo cierto, dice con tono doctoral; ni tú haces la pregunta tan bien como yo desearía, ni tan mal como éste cree...

—¡Alto! Yo no he dicho que la haga mal.

—Bien, lo has querido decir.

—De ninguna manera.

—Perdóname un instante: aquí entendemos á media palabra.

Luégo pronuncia un discurso empalagoso y pesado acerca de la situación que ha originado la disputa, para concluir dejándolo todo como estaba, es decir, al autor dado á los demonios, y al cómico diciendo la frase según su capricho.

Al poco rato, y cuando se está ensayando la escena culminante de la obra, se acerca al autor la dama joven, que acaba de hacer *mutis*.

—Dígame Vd., García, le pregunta, ¿cómo visto yo esto?

—¿Cuál? pregunta á su vez el autor mirando á ver si señala á alguna parte.

—La obra, esta obra.

—No entiendo.

—Digo que á ver qué trajes he de sacar yo en ella.

—Pues los más elegantes que usted tenga: es usted la hija mimada de un título opulento.

—El primer acto pasa en una aldea, ¿verdad?

—Sí; en una casa de campo que posee su padre de usted en las inmediaciones de Bilbao.

—Entonces puedo sacar un precioso vestido de aldeana que tengo.

—¡Hija mía!

—Verá usted, verá usted: un vestido de aldeana gallega que da la hora, y sin estrenar aún.

—Por Dios, Matilde, que le van á tirar á usted las butacas. Vista usted un traje de campo elegante y sencillo. Y ya le escribiré á usted una piececita para que luzca el vestido de aldeana gallega.

—¡Ah! Entonces, bueno; pero no olvide usted que queda comprometido.

—Y tanto como quedo, piensa el autor, con actrices como tú y actores como estos!

En aquel instante está diciendo el primer actor en escena: «Infame, te ha de matar...»

—¿A quién te diriges? pregunta el autor atribulado.

—A Pepita, ¿á quién me he de dirigir?

—Al característico, hombre, que es quien te ha insultado.

—¿Ves? Por no hacer vosotros bien las cosas.

—¿Nosotros?

—Claro; si en vez de infame, que conviene á los dos géneros, hubieras escrito *tunante*, que es masculino, ya sabía yo que me tenía que dirigir á un hombre.

—Es verdad, contesta el autor.

Como el día es muy frío, y los actores acaban de levantarse de la cama y estar des-

templados, todos ellos ensayan sin desembalzarse y dando pataditas en el suelo para calentar los pies. Además de esto, nunca dirán una escena entera, sobre todo las señoras, sin interrumpirla para hablar un poquito de sus asuntos particulares.

Cuando Pepita debe decir á la dama joven:

Hija de mi corazón,
esperé encontrarte muerta,

se fija de repente en su manguito, y le pregunta dónde le ha comprado. Con este motivo disertan un rato sobre lo caras que son las pieles, y lo muy malas que salen casi todas ellas.

Creo inútil decir á ustedes que entre tanto el autor suda tinta.

Especialmente si el ensayo es el último, y con todo, como anunciaba el cartel consabido. Con todo quiere decir con decoración y muebles.

Nunca están más torpes los actores que en este ensayo, que también se llama general, sin duda porque no tiene nada de particular.

Cuando concluye, le entran ganas al autor de retirar la obra y mandar á paseo á todos aquellos holgazanes.

Sin embargo, todavía tiene Pérez valor para acercarse á él y decirle:—No tengas miedo; á mal ensayo representación buena.

—¡Si eso es imposible!

—No lo creas: un poquito *verde* está la obra; pero con las luces y el colorete y los *morenos* delante, saldrá al pelo.

Los actores descontentos se miran entre sí y se sonríen, como diciendo:—¡Vaya una *patadura* que le van á dar al compadre!

—Pero, dice el autor, ¡si de treinta días que se ha puesto la obra en la tablilla, no se ha ensayado más que tres con todas las *figuras*!

—No importa, replica Pérez, y además, eso te enseñará á escribir comedias con pocos personajes.

En resumen: el autor ha tenido que asistir, durante un mes, tres ó cuatro horas diarias al teatro, y ha sido el único puntual. Además, no ha escapado ninguno de los treinta sin disgustos por una ú otra causa. Y, por último, se encuentra con que, no sabiéndola peor que ahora, le podían haber estrenado la comedia el mismo día del reparto.

S. DE TRASMERA.

ROMANCE.

¡Bien venida á mis riberas,
niña de los negros ojos,
doble sol que ahora amanece
en el cielo de tu rostro!

Alba alegre, luz que asoma
á alumbrar íntimos gozos,
no te pagues de tristezas
que sientas flotar en torno.

Aire triste y cielo oscuro
te brinda mi patria sólo;
mas tiene tu fresco espíritu
aire suyo y cielo propio,

y no há menester, ¡oh niña!,
tu pensamiento dichoso
ir demandando alegrías
adonde al fin muda todo.

Con no escuchar sus gemidos
te libras del viento roceo;
con no mirar á esas nubes
ya no ves su ceño torvo.

Y tú, en cambio, que te precias
de saber querer tan hondo
y con un afecto sueñas
que llene la vida él sólo,

sabe, ¡oh flor de otros jardines!,
que quizá más que en los otros
crecen en este las flores
que no marchita el otoño;

que flotando entre esas nieblas
que se agarran á los troncos,
y firmes como esas rocas
donde el mar se estrella sordo,

viven almas que no olvidan,
espíritus generosos
que al darse tan por entero
se dan sin precio ni cobro.

No por oscuros los huyas,
alma alegre, sol hermoso;
ellos saben como nadie
amar mucho y amar todo.

Juntos van siempre en la vida
luz y sombra, pena y gozo...
¿no tienes tú blanca el alma,
niña de los negros ojos?

E. MENÉNDEZ.

Imp. y lit. de EL ATLANTICO.
Plaza de la Libertad, 1.